Serie II Tegucigalpa, 13 de octubre de 1894 Número 17.

# EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTORY FUNDADOR, F. TURCIOS.

## UMBRA.

A J. A. Domínguez.

—

Perfume de la rosa que entreabierta
abre el cáliz al sol: lánguida brisa
que allá en la tumba de la virgen muerta
las blondas ramas de los sauces riza
con extraño rumor: fugaz anhelo
de algo grande y sin nombre que en la mente
vierte rayos de luz: límpido cielo
que el alma llena de nostalgia ardiente
y tristeza letal: quejas que exhala
enamorada virgen en su lecho
entre sedas y encajes: rumor de ala
del ave negra que devora el pecho

en las horas de insomnio: ruido leve
que en el silencio de la tarde obscura
forman los copos de la blanca nieve
cayendo sin cesar. Suave ternura
de la mujer ideal: casta delicia
del instante supremo en que la boca
de la amada gentil nos acaricia
con dulcísimo amor: estrofa loca
que el agitado corazón consuela
cuando el ensueño de crespón se viste
y la enlutada mariposa vuela
entre las brumas de la noche triste;
abandonadme para siempre: en calma
dejadme reposar: contraste eterno
de dolor y placer formáis en mi alma
y convertís mi cielo en un infierno.
Abandonad por siempre mi cabeza
ilusiones de amor: la noche empieza!

F. TURCIOS.

10 de octubre de 1894.

## UN SUICIDA!

—

A mi excelente amiga Lastenia Callejas

(Concluye.)

—

III.

Vamos, Juan, mi buen amigo, toma lo que te doy; acuérdate de los demás sirvientes, y:...

—¿Y usted, señor?—le pregunté llorando.

—Yo no necesito nada; me voy mañana para donde un pariente mío que está en la ciudad de Buenos Aires.

—¿Y para el camino?

—Tengo lo necesario.

El estaba pálido de dolor y angustia; y yo lloraba cada vez más.

—No seas cobarde—me dijo.

—¡Cómo no sentir por Ud. cuando se lo debo todo!....

En ese momento llamaron á la puerta: fuí á ver qué querían, y regresé con una carta para mi amo. El la tomó, y mientras la leía, noté que temblaba como un pajarillo en la mano de un cazador.

Al concluir de leer la carta:

—Esto más—dijo.

Y se dejó caer con desesperación en un canapé.

—La carta es de élla, Juan....me ama, me ama la infeliz.....¡Es un ángel á quien su familia quiere sacrificar!....Toma, lee la carta, Juan, y después la quemas; su vista me mata.

Obedeciendo á mi amo, leí lo siguiente:

"Por más que he luchado, no lo puedo

ocultar por más tiempo; amo á usted, Jorge, y este amor me mata!....

"Perdóneme que hasta ahora conteste á sus cartas; pero, ¡si supiera Ud. cómo vivo, lo que sufro!....Mi familia quiere casarme con otro hombre; pero en mi pecho no cabe más amor que el que á Ud. tengo.

"Si puede, vaya esta noche á casa de mi amiga Clotilde; allí estaré yo, según usted me lo pide, para que hablemos de nuestro porvenir....

"Tengo presentimientos extraños, Jorge; pero, á pesar de todo lo que pueda suceder, usted confíe siempre en el amor que le profesa."

El buen viejo me miró diciéndome:

—Perdóneme Ud., Doctor, que calle el nombre de élla.

—Está bien, amigo: continúa.

Mi amo lloraba como un niño:

—Pobre mi amada!....¡Pobre mi amada!—decía.—Que élla sufra por mí es lo que más me desespera....Voy á darla la despedida.

Y entre sollozos y lágrimas escribió:

"Alma del alma mía:

Un genio fatal se ha interpuesto en mi camino; y cuando debía ser el más feliz de los hombres, me ha hecho el más desgraciado.... Perdóname, vida mía; pero á pesar de amarte hasta la adoración, soy indigno de tí; no vayas á creer, ni por un solo momento, que no te amo; te amo más que nunca; y te pido de rodillas que no te cases jamás con mi rival, ese hombre infame que ha matado mi porvenir.

Adiós, mi vida: ora por mí; consagra una lágrima á mi memoria, y nunca olvides que muere adorándote tu

*Jorge.*"

Yo me encargué de llevar la carta el siguiente día.

El me dijo:

—Abrázame, Juan; voy á descansar.

Yo me eché en sus brazos, llorando.

Se dirigió á su pieza; y antes de entrar en élla, exclamó con voz conmovida:

—Ah, Juan; si la ves, no olvides decirla que élla era mi alma; la única mujer á quien he amado; que en estos momentos solo élla ocupa mi pensamiento; que por piedad, si de veras me ha amado, nunca sea de otro hombre....Juan: tú eres feliz porque volverás á verla....¡Y yo!....¡Y yo!....

Entró en su alcoba; durante tres largas horas reinó un silencio sepulcral; y cuando yo me disponía á acostarme, hirió mis oídos el ruido de una detonación de arma de fuego; la sangre se heló en mis venas.

Como loco corrí á la pieza de mi amo; pero ya lo encontré muerto; y sobre sus labios, todavía rosados y frescos, tenía colocado el retrato de élla, humedecido por millares de lágrimas."

IV.

Profundamente conmovido oí el relato del pobre anciano; le dí las gracias por su deferencia en referirme la historia de Jorge Gutiérrez; y me fuí á reunir con mis compañeros, diciéndome mentalmente:

—El juego es una pasión terrible, y sus consecuencias son siempre fatales....¡Desgraciada la familia que cuenta con un jugador, más le valdría no existir!....¡Pobre Jorge! ....¡Infeliz élla!....

LUCILA GAMERO MONCADA.

Danlí, septiembre 1 de 1894.

## ESTIVAL.

A FROILÁN TURCIOS.

En las cálidas horas
de bochornosa siesta,
cuando el sol del estío sus rayos
como haces de fuego derrama en la tierra;

sedienta de reposo
y de frescor sedienta;
con el róseo abanico en la falda
y un libro en las manos, quizá una novela;

tendida muellemente
sobre un diván de Persia,
bajo el kiosko que forma el follaje
de acacias tupidas cual gentil glorieta;

está la hermosa niña,
encantadora y regia,
deleitando su espíritu amable
con dulces trasportes de lectura amena!

los pájaros en coro
entonan sus endechas
y se agita el boscaje y parece
mágico recinto do vibra una orquesta;
las flores su fragancia
despiden tremulentas
y la brisa en sus giros esparce
lánguidos efluvios, vagas somnolencias;
y la niña entretanto
caer el libro deja
y entornando los ojos, de pronto
parece una inmóvil, dormida Julieta;
como intangibles silfos
en bandadas aéreas,
¡oh qué enjambre de sueños de oro
flotará en su mente tranquila y serena!
¡qué divinas visiones
de mágicas siluetas,
mirará con los ojos del alma
que su bello rostro de dulzura llenan!
Enamorado efebo
que á solas la contempla
y extasiado y absorto la admira
cual si fuera acaso ficción ó quimera;
abrasado se siente
de una pasión inmensa,
ó impulsado por ansias febriles
á la hermosa niña temblando se acerca;
y ya en sus rientes labios,
rojos como una fresa,
deposita la gloria de un beso
que deja cual rastro fulgores de estrella;
cuando élla estremecida
de súbito despierta
y al sentir el contacto ardoroso
de aquella caricia que su sangre incendia;
altiva se incorpora
y rauda cual gacela
fugaz huye y se va, mientras tanto
también el mancebo se oculta y se aleja.
Como testigo mudo
de toda aquella escena,
la novela ahí queda olvidada
cual triste reliquia de visión siniestra;
y la niña medrosa
desde entonces no acierta
á volver como en antes al kiosko
de acacias tupidas cual gentil glorieta;
porque en las horas cálidas
de bochornosa siesta,
el ardor del estío produce
mil cosas extrañas que nadie creyera.

J. A. DOMÍNGUEZ.

1894.

## EL BESO.

A MI QUERIDA AMIGA LA DISTINGUIDA SEÑORITA LUCILA GAMERO MONCADA.

Ella, de un temperamento nervioso, estaba sumamente irritada por el desvelo y las impresiones de la pasada noche.

Después de vagar inútilmente por el jardín y no hallando distracción donde otras veces habíala encontrado con la multitud de flores, ora haciendo preciosos ramilletes, ora conociendo las diferentes clases de éstas y las particularidades de cada una, que el jardinero le mostraba, dispuso sentarse en el borde de una hermosa pila que en el centro del jardín había, á contemplar las cristalinas gotas de agua.

Sin embargo, caminaba con el mal doquiera que encaminaba sus pasos: aquella mañana nada la distraía: la negra y sombría figura de un hombre vagaba por su mente haciéndola estremecerse. Las palabras del hombre, dichas cuando aún se escuchaba el eco de aquel fatal beso "Ricardo Montecinos por sí es el primero," estaban como estercopticadas en su mente.

Lucha tenaz sostenía por borrar de su imaginación suceso tan desagradable; pero era imposible.

Después de algún tiempo de los acontecimientos que hemos narrado, Rivera, en unión de su linda hija, volviérónse á su pueblo natal; ay! Clorinda dejaba su bienestar, la alegría de su alma en la capital hondureña. En el momento de la partida y al despedirse de su amiga Inés, díjole al oído: "Adiós, Inés mía, creo no nos volveremos á ver más: llevo la muerte en el corazón: ruega por mí.

Aquellas palabras dichas á media voz impresionáronla demasiado: los acompañantes sorprendieron en aquellos ojos negros que nun

ca habían llorado, una gota de agua trasparente que, rodando por las tersa mejilla de Clorinda, parecía una gota de agua en los pétalos del jazmín....

Había llorado....

Las lágrimas no saltan á los ojos sino cuando el corazón sufre intensamente ó también cuando después de dilatado sufrimiento se tiene un instante de placer.

Las lágrimas que brotaban de los hermosos ojos de Clorinda eran indicio de que sufría intensamente.

En su ciudad natal y en medio de su familia y amigos, había sido la niña predilecta de todas, la reina de la hermosura y el buen gusto: todo lo que se hacía pasaba primero por disposición de Clorinda: había algo del alma y del espíritu de aquella niña en el alma de la sociedad de su pueblo natal.

María Guadalupe REYES.

(*Continuará.*)

## LA RISA.

Á JOSÉ MARTÍ.

He cerrado el libro de Coquelín. Quedan aún en mi memoria la visión de la última mueca y el eco de la última carcajada. Siento un verdadero alivio. Acababa de leer *La Sonata de Kreutzer*, y un maldito libro de versos de Rollinat. Me reconforto. Miro el alegre cielo, por una ventana de mi cuarto de trabajo, que da á un patio lleno de flores. Después de tener largo tiempo ocupado el pensamiento en las negruras de la vida, he aquí que experimento especial complacencia en ver cómo sobre un rosal en flor, canta un pájaro haciendo chiiiiiu.... chiiiiiu.... Es un pobre pajarillo del cielo, que no sabe metafísica, ni lee poetas neuróticos, ni conoce á Tolstöi.

Mi ánimo ha cambiado.

¿Por qué? Por la influencia de la risa.

¡Oh! y es la verdad. Delante de lo oscuro de la existencia; delante de las conclusiones fatales y tristemente profundas del pesimismo; delante de la fábrica negra y vasta levantada por Schopenhaust y Hartman; delante de la enlutada estatua del dolor fundida al calor de su misteriosa poesía por Leopardi, surge, á modo de un refugio para el espíritu, como un consuelo, ó más bien, como una defensa, el claro resplandor de la alegría.

La alegría destierra el estado morboso de las almas; la alegría, riente, expresiva, de sonoras alas, se mueve en un ambiente sano y vivificador. Su trueno jovial, su carcajada, es como las descargas eléctricas, que purifican la atmósfera. Y en este siglo de crisis intelectuales, de agitación moral, de decaimiento, de enfermedades del alma, la risa ha podido ser torre de asilo, lugar de salvamento, para los que se allegan á sus dominios y se acogen bajo sus banderas. El ser humano tiene un fondo de tristeza. Sobre la oscuridad, cruza un vivo relámpago, la risa. Lo amargo de la vida siempre ha hecho conmoverse el alma de los fuertes pensadores. Los más grandes poetas han sido los poetas del llanto: el vientre del dolor es eternamente fecundo. Homero no ríe; Job no ríe; Esquilo no ríe; Lucrecio, Dante, Víctor Hugo, no ríen. Cervantes ríe, pero bajo la armadura grotesca, dentro del amojamado cuerpo del caballero de la Mancha, va un espíritu trágico y doliente derramando lágrimas. Moliére creó en Alcestes, con la envoltura de lo cómico, una dolorosa encarnación de la amargura humana. Rabelais, el formidable bufón, no conoce el amor ni la ternura, aunque todo lo llena con la soberbia explosión de su risotada. Rabelais no sabe sonreir, como Voltaire, el gran risueño. La risa tremenda de Aristófanes estallaba como una temible fanfarria, á través de las máscaras de los histriones en las fiestas dionisiacas. Los dioses de los paganos reían. Bajo el cielo griego resonaban las carcajadas homéricas. Momo era un dios-payaso. En la Iliada al paso de Tersites se oye el eco de las burlas. Rabelais desciende en línea recta de Aristófanes. El poeta pagano, por ley atávica, reaparece en el buen monge gascón. Voltaire posee todos los matices de la risa, todos sus tonos, todas sus armas; Rabelais es siempre el titánico farsante. Voltaire emplea la flecha y la catapulta. Rabelais apedrea como Polifemo.

Generalmente, los hombres risueños son sanos de corazón. La risa es la sal de la vida. La risa de un niño es como una loca música de la infancia. La alegría inocente, se desborda en una catarata cristalina que brota á plena garganta. Triste hogar es aquel donde no resuena la amable risa infantil.

Los pensadores meditabundos no ríen, porque viven en constante comunicación con lo infinito, en una vasta serenidad. Los bandidos, los hombres avezados al crimen, tampoco ríen: en su vida zozobrante y lívida, llenos de hiel y de sombra, siempre van acompañados de un negro genio, que mantiene en sus espíritus el espanto y el odio. El orgullo, la vanidad, sonríen; la lujuria, la gula, el robo, pueden sonreir; la envidia no puede. Pálida y enferma, traga su propia bilis, y está, con el ceño arrugado, siniestra, como la pintó el poeta latino, aplastada bajo la montaña del bien ajeno. Y si logra reir el envidioso, es con risa histérica y espantable.

En la historia literaria, existe una figura extraña, representación del egoísmo y de la dañada burla: Swift. No le atormenta el sombrío Livor, el *spleen* británico, la enfermedad nacional. Es un espíritu emponzoñado, lleno de cruda misantropía; especie de hombre-escorpión, siempre listo para asestar el garfio que inocula el veneno. Su arma fué la risa; pero élla es en él salvaje bufonería, cruel dardo de un ser dañino. Su talento era corrosivo como un frasco de ácidos. Fué el exacto tipo del "panfletista." El creador de Gulliver, hizo del sonoro y buen metal de la risa, un puñal que puso en manos de su ambición y de su rabia. Aristòfanes enseña y reprende; Agrippa Daubigné como Juvenal, convierte la ironía en un látigo de acero, y destroza las carnes del vicio real y cortesano; Rabelais hace la gigantesca parodia de sus tiempos, como un Micromegas que se divirtiese jugando á los títeres; Cervantes alza la figura de Don Quijote en la tumba de la caballería y bajo una ideal y magnífica apoteosis; Voltaire con su estridente risa hace que

*Hoy la humana razón sirva de guía*
*A la prole de Adán regenerada;*

Swift, en medio de su hipocondría y de su ruindad, solamente obedece á sus pasiones, y arroja su chiste al rostro de la sociedad, como un vaso de vitriolo. ¡Malhaya aquel que en el buen campo que Dios le dió, cultiva plantas venenosas y llenas de espinas! Swift, funesto sembrador, sembró en su huerto manzanilleros, cactus y ortigas. Reía con gracia mala. El gracioso era mal hombre. El caso de Swift se repite con alguna frecuencia en escritores jocosos que si no le igualan en talento, le superan en maldad. Emplean su habilidad más ó menos crecida, en desgarrar. Hacen de la sátira el arma de su rabia. Como el yambo de Arquíloco:

*Archilochum proprio rabies armabit iambo.*

Ningún poeta de la antigüedad fué más odiado que Arquíloco. Todo lo contrario afirma de Sinónides, Joubert. Fué estimado, fué amado. ¡Triste don es el talento, si nos sirve para atraernos el general desprecio, ó el odio! Alfredo de Musset en su verso de oro, nos dice que ser admirado, no es nada, el asunto es ser amado:

*Etre admiré n' est rien; l' affaire est d't re aimé.*

Es el inconveniente de muchos escritores graciosos. Los admiran, pero les aborrecen, porque les place desgarrar. Hacen reir, por medio del contraste de las ideas, ó por el empleo de ciertos juegos de palabras, buscando en todo el lado ridículo de las cosas.

Los escritores graciosos tienen lo que en español se llama *chiste*, en francés *esprit*, en alemán *veitz* y en inglés *humour*. El "buen humor" es lo que distingue á los escritores d la gracia. Pero el mayor enemigo de la gracia es la grosería. Alberto Wolf, que es autoridad, define así el *esprit* parisiense: "el arte de decirlo todo con buen humor y sin la menor grosería." Nada vence como la gracia sana. El genio francés alienta bajo el claror de la alegría. La vieja risa gala fortifica á los bravos trabajadores. Zola, el fuerte cazador, ha dado sus alabanzas á ese antiguo tesoro de la Francia; pero ha tronado contra los que lo falsean ó lo profanan. "¡Oh, genio francés, dice, *esprit* francés, tan neto y tan recto, formado de buen sentido y de viva personalidad, tú bien sabes que el falso *esprit*

me exaspera y me pone fuera de mí. Tú solo eres el *esprit*, oh viejo *esprit* nacional, tú que sacas la risa de la razón, que eres simplemente la flor de la inteligencia y de la verdad!". Sí, la falsa gracia abunda, en París, aquí, allá, por todas partes. Prodúcenla, los sucesos comentados por el gacetillero; la politiquería; la necesidad que en el diario tiene á veces el revistero, de hablar en necio por la razón de Lope. De manera que así la verdadera, la fina, la brillante gracia, se convierte en la mueca bufa de baja extracción, en el chiste patanesco, en la risa insensata y pueril que propaga y celebra por un día, la inconcebible estupidez humana.

—

La risa como las flores, como las mujeres, está bajo la influencia del sol, del clima. Ved como ríen los franceses, y entre ellos esos ardorosos meridionales, los que nacen en Provenza, allá donde Valmajour oyó cantar al ruiseñor. Bajo el sol provenzal ríe el tamboril, ríe el pífano, ríe el vaso de buen vino, ríen las alegres muchachas y los mozos que bailan la farandola. Esa jovialidad está impregnada de luz y de calor, como los versos de Mistral, de Roumanille y de Aubanel. La risa de París, culta y chispeante, mueve el lápiz de Caran d' Ache, la pluma de Armand Silvestre y de Scholl, y produce hoy las canciones de Paulus y de Ives Guilbert, como antes las explosiones de alegría musical que dirigía la batuta de Offenbach. ¿Qué es un can-can sino una carcajada? Los holandeses y flamencos tienen fama de ser flemáticos y reposados. Pero el arte flamenco, representado por Rubens, es agitado, derrocha el movimiento, las carnaciones de la lujuria, los músculos; y el "buen humor" tiene un bizarro paladín en Jordaens, con sus interiores risueños y sus personajes gordiflones, sanos, que respiran en una atmósfera de excelente hilaridad. Y luego Téniers con luz regocijada, pinta de modo encantador las bulliciosas kermesses y las expansiones aldeanas. Los alemanes ríen con cierta gravedad,—sin que esto sea paradojal. Poseen como los artistas del Japón "ese sentimiento caricaturesco, ese lado cómico de la vida, expresado con sencillez semejante á la ingenua gravedad con que algunas personas dicen ó escriben divertidísimos chistes...." Mas, ¡cuánta diferencia entre el *Fliegende-Blatter* y el *Charivari*, entre el gesto de *Mein Herr* y el de M. Prudhomme, entre la risa de Gretchen y la carcajada de cristal de la señorita Colombina, ciudadana de París! En Inglaterra la risa se acerca á los límites de lo trágico. El *clown*, el mimo, es la encarnación de esa alegría que lleva la mueca hasta lo visionario y el ademán hasta el dislocamiento. En esto hay algo del *gheronzé* de los turcos y de las marionetas macabras de los japoneses. Hay en el fondo mucho de fatal y de triste. A propósito, recuerdo que Macaulay, compara á Voltaire, genio francés, con Puck, y á Swift, de genio inglés, con Mefistófeles. Por lo que respecta á los anglo-sajones, tienen el chiste grueso y rudo. Mark Twain recorta los suyos como en cartón, y á cada paso se ve la huella de su pasado y férreo tacón de *yankee*. Bill Nay no puede satisfacer sino á un norte-americano de pura raza, aquellos que gozan inefablemente con los Christie-Minstrels; la risa del país del Norte, no es como su hermana la del Mediodía, rosada, vibrante, sonora, entre las rosas, bajo los nidos de los pájaros, en un ambiente poblado de armonía y de sol.

(*Continuará.*)

## POR EL ARTE.

—

¡Cuán hermosa es la muerta! Exuberante
su desnudez sobre la losa brilla,
yo la contemplo pálido y jadeante
y tiembla entre mis manos la cuchilla.

El profesor, que la ocasión bendice
de poder explicar algo muy bueno,
á mí se acerca y con placer me dice:
—hágale usted la amputación del seno.

Yo que siempre guardé por la belleza
fanatismo de pobre enamorado,
—perdonadme le dije con tristeza—
pero esa operación ya la he olvidado.

Se burlaron de mí los compañeros,
ganó una falla mi lección concisa,
ví en la faz del maestro surcos fieros
y en la faz de la muerta una sonrisa!

RODULFO FIGUEROA.

## AMANECIENDO.

Yo me sentía nervioso y casi lívido. Figúrese Ud., lector, que había muerto á un amigo en un rapto de celos, en pleno baile. Bien recuerdo cómo fué. La víspera de la fiesta había rogado á mi novia, aquella linda chiquilla que tanto amaba, que no bailara con [illegible] de quien estaba celoso. Como no sé dar una vuelta, pensaba pasar la noche en mi alcoba, no muy tranquilo que digamos, sabiendo que *élla* estaba en un baile, pero al menos sin esa irritabilidad de sentimientos que otras veces había sentido al mirarla en brazos de otro. A las 9 me acosté, apagué la luz y traté de dormirme. Imposible! El eco distante de la música alegre, el rumor de voces de los que atravesaban la calle, y más que todo el atormentador recuerdo de su belleza, radiante y enloquecedora con su blanco vestido de encajes, alejaban el sueño de mis ojos. Allí la tenía siempre delante, hermosa como un ángel, con su sonora risa triunfal, cuando al entrar en su tocador una hora antes me había acariciado con su abanico de plumas al decirme:

—Estoy bien así ¿no es cierto?

No había hecho caso de mi tristeza sombría, contentándose con preguntarme, viéndome tan serio.

—¿Qué? ¿No quieres que vaya? Pues digo, querido, y no pensaré más en baile.

—Te equivocas. Yo deseo que goces por los dos, ya que para mí está vedada esa diversión. Sólo te ruego no bailes con L....

—Bah! Otra vez vuelves con ese pobre diablo. Bien sabes cuanto te amo y que jamás podría cambiarte por ninguno. Te ofrezco no bailar con él.

*

Aun sentía en mi mano el calor de la suya y su perfume de heliotropo y violeta me acariciaba el rostro. Verdaderamente que no podría dormirme. La fiebre de los celos, impetuosa y ardiente, hacía correr fuego por mis venas, sumergiéndome en un vago delirio en el que los objetos y las personas tomaban formas fantásticas y sobrehumanas. Era en vano que esperara tranquilizar mi corazón: sus latidos eran cada vez más violentos, y loco y desesperado sollozaba en silencio, queriendo romper la cárcel de mi pecho. ¿Qué hacer en aquella agonía suprema del espíritu, en el que la materia era cómplice? Luché una hora que me pareció un siglo. Después, instintivamente, me incorporé y encendí luz. Llovía, y el aguacero rumoreaba sobre el tejado con murmullo monótono. Sin saber cómo me encontré vestido y listo á salir á la calle. ¿A dónde iba? Lo ignoraba Busqué en vano el paraguas. Al abrir la puerta recordé que dejaba algo, y me volví para tomar de la mesita de noche, el revólver, un precioso bibelot de acero y nácar, que un amigo me había obsequiado en mi cumpleaños. Vi que el gatillo jugaba perfectamente y que las cinco pequeñas balas dormían en el tambor lustroso.

No podría decir en qué tiempo atravesé las calles: la lluvia me azotaba el rostro y cuando á lo lejos distinguí por la claridad la puerta del baile, tiritaba de frío bajo mi traje hecho una sopa. Sin embargo, aquello me hacía mucho bien y refrescaba mi frente.

Al llegar á la puerta, en donde se agolpaba una multitud de curiosos, la orquesta preludiaba un vals alegre. A fuerza de codazos y empellones me coloqué en un sitio en que podía ver sin ser visto. Deslizábanse las parejas, al compás de la música, entre risas y carcajadas. Yo buscaba entre todas aquella que había visto en mi delirio, riéndose de mi dolor. Y no esperé mucho. El eco de una voz para mí bien conocida hizo volverme, y con el corazón palpitante, la ví pasar aérea y ligera en brazos de L....

Fué una horrible agonía moral la de mi espíritu en aquella noche aciaga. Yo seguía todos sus movimientos, y anhelante quería recoger al vuelo sus palabras entrecortadas por la fatiga del vals. Me sentía ebrio de voluptuosidad dolorosa cuando veía cómo la estrechaba contra su pecho, mientras élla reía y recostaba la cabeza en su hombro. Empezaba á sentir sobre mis ojos un velo de sombras y en la cabeza un torbellino de ideas confusas. Temblaba nerviosamente y me volvía loco de cólera y de angustia. Quise huir muy lejos, pero todos mis esfuerzos no me hicieron

dar un paso. Agonizaba de celos, ardía en este infierno, cuando en una de las vueltas de su vertiginosa carrera, pasaron junto á mí, rozándome élla con su vestido vaporoso.

Oí pronunciar mi nombre, y al levantar la cabeza, ví, sí, ví que él la besaba en el cuello con pasión.... Y no supe más. Loco, fuera de mí, saqué con la rapidez del rayo el revólver y le destrocé el cráneo de dos balazos....

Después ...no recuerdo bien. Me encontraba en medio del salón; el revólver chispeaba sombríamente al resplandor de las bujías, y á mis pies, ensangrentado y moribundo, aquel que el día anterior había estrechado mi mano de amigo!

Sufría horriblemente mi corazón que odia el crimen; pero sentía al mismo tiempo una especie de satánico placer por la venganza satisfecha: y por esta crisis de sentimientos y pasiones atravesaba mi alma, cuando un muchacho callejero, al golpear mi puerta, me despertó súbitamente....

Una claridad indecisa, la del amanecer, iluminaba mi cuarto. Me incorporé sobre la almohada y me enjugué la frente bañada en sudor....

***

Fué un sueño, un sueño nada más; pero que convertiría en realidad si un día viera á la que adoro mancillada por los labios de otro hombre!

F. TURCIOS.

10 de octubre 1894.

## NOTAS.

**Dos muertos ilustres.**—Han dejado de existir en la capital salvadoreña dos de los mejores periódicos literarios: "La Pluma" y "La Semana Literaria," que redactaban varios miembros de la joven aristocracia del talento en aquella República. Sentimos el desaparecimiento de tan simpáticos colegas, que tan agradables ratos nos habían proporcionado con su lectura.

---

**Felicitamos** de corazón á nuestro compatriota y amigo Timoteo Miralda por haber sido nombrado Secretario de la Legación de El Salvador en Guatemala. Miralda es uno de los pocos hondureños que han conquistado puesto brillante entre los escritores centro americanos.

---

**Pensamientos.**—

Cuanto es más violenta la pasión del amor es más inminente el peligro de los celos.

Toda la ciencia de un hombre hábil, verdaderamente enamorado, es hacer que el corazón de la mujer sonría, y viertan lágrimas sus ojos.

Sin embargo, no olviden los hombres que la primera lágrima de amor que hacen derramar es un diamante, la segunda es una perla, la tercera es una lágrima.

---

**"Díaz Mirón.**—Este valiente vate mexicano, fué absuelto en el juicio que se le siguía y que tanto dió que hablar á la prensa en general. Los periodistas y escritores mexicanos, le obsequiaron con un banquete á su llegada á la capital. En México, como en España, Francia é Inglaterra existe la liga periodística. Ojalá que aquí, entre nosotros, tomando ejemplo de nuestros colegas, procuráramos imitarlos. Esto estrecharía los lazos de amistad y compañerismo entre los del oficio"

De *"El Correo del Comercio"*

"El Pensamiento" envía al insigne poeta de las estrofas diamantinas un saludo de admiración, hoy que vuelve á respirar el aire de la libertad.

---

**A tí.**—

Yo no sé qué misterio
encierran las palabras,
cuando salen temblando de afecto
de las vírgenes bocas rosadas.

Que el alma se estremece
de amor al escucharlas,
y se sienten deseos sin nombre
y vagos delirios de secretas ánsias!

F. TURCIOS.

12 de octubre del 94.

Tipografía Nacional.—Tegucigalpa.